

SERMON SOBRE LAS SIETE PALABRAS

QUE

JESUCRISTO DIJO EN LA CRUZ

PREDICADO EL DIA 23 DE FEBRERO DE 1841
EN EL COLEGIO DE ROSAS DE MORELIA

POE EL

LIC. PELAGIO A. DE LABASTIDA

ACTUAL ARZOBISPO DE MEXICO.

Vere Filius Dei erat iste.

Verdaderamente este era Hijo de Dios: Son palabras que se leen en el Evangelio de S. Mateo, cap. XXVII v. 54.

El movimiento extraordinario de la naturaleza que siguió á la muerte de Jesucristo, produjo en el Centurion incrédulo una transformacion tan prodigiosa, que no pudiendo ya resistir á la luz de la fé, confesó lleno de un santo pavor la Divinidad de Jesucristo. *Vere Filius Dei erat iste.* Y á la verdad, católicos, ¿enándo se mostró más visible que en los momentos críticos de su pasion? ¿No es cierto que todo en la cruz anuncia al Hijo de Dios y confirma más y más la Divinidad del Mesías? Yo pudiera, á ejemplo del Centurion, manifestárosla aquí en los

sepulcros que se abren, los muertos que resucitan, las piedras que se chocan y despedazan, el sol que se oscurece, la tierra que tiembla, y para decirlo de una vez, en el terrible desórden de la naturaleza toda (1); pero mi atencion se fija de preferencia irresistiblemente en la conducta del Salvador sobre la cruz. Allí le veo dando el último testimonio al celestial origen de su doctrina; y allí le veo distribuir soberanamente las recompensas y los castigos. Sobremanera grande en toda la série de su pasion, nunca me parece mayor que cuando está sobre la cruz, enseñándonos cual sapientísimo Maestro con el ejemplo más sublime, y mostrándonos al mismo tiempo los resultados infalibles de la sancion que ha puesto como Juez á su ley sacrosanta.

Hoy pues, católicos, que venimos aquí á meditar al pié de los altares el gran misterio de la cruz, no necesito para hablar con eficacia á vuestras almas de fatigarme en planes ricos y grandiosos, me basta decirlo: mirad esa cruz y repasad conmigo la historia que contiene las tier-nas instrucciones, que nos dirige en medio de su mismo silencio. Esto es lo que exige de mí el sagrado ministerio de la palabra, y ésto es lo que pienso cumplir exactamente con solo manifestaros que Jesucristo sobre la cruz dá testimonio de su Divinidad como Maestro y como Juez.

Mas yo no puedo, ¡oh Dios mio! elevarme á tan grande altura, si vos no me sostenéis; mis lábios indignos de referir esta série divina de sucesos, necesitan de ser abiertos por Vos: abridlos, pues, ¡oh Dios mio! para que yo pueda anunciar vuestras alabanzas; purificadlos con el carbon encendido para que yo pueda hablar en vuestro nombre: envid vuestro espíritu santo: derramad la infinita riqueza de vuestros dones en todos los que me escuchan: que vuestra palabra crezca y fructifique en esta

(1) Centurio et qui cum eo erant, custodiens Jesum, viso terremoto, et his que fiebant, timuerunt valde, dicentes: Vere Filius Dei erat iste. Math., cap. XXVII, v. 54.

reunion escogida. ¡Oh Espíritu Santo! Venid, extended aquí vuestras alas; comunicadnos vuestro soplo vivificador; penetradnos, en fin, de los heroicos sentimientos con que habeis sostenido la constancia de los mártires, de los confesores y de las vírgenes.—MARIA, BUEGA POR NOSOTROS.

PRIMERA PARTE.

Toda la vida de Jesucristo es una serie continuada de útiles é importantes lecciones para encaminar al hombre á su felicidad. Sus discursos confunden la sabiduría humana, sus ejemplos condenan todas las ilusiones del mundo, su doctrina combate á las pasiones y tiende exclusivamente á restablecer las nobles prerogativas del alma. Los hombres se encuentran sorprendidos con un idioma que jamás habian escuchado (1). Todos los sucesos brillantes, todas las proezas heroicas, ese fantasma de gloria que habia tomado tanto cuerpo en las ideas del paganismo, pierden todos sus atractivos y parecen disiparse como el humo á los primeros rayos de esa luz que derramó sobre la tierra el Hijo de Maria. A los doce años de su edad ofusca la sabiduría de los doctores, y en el primer anuncio de su doctrina, descubre los inefabables encantos de un reino puramente espiritual y divino. ¿Quién

(1) Et mirabantur in verbis gratis que procedebant de ore ipsius. Luc., cap. IV, v. 22.

puede recordar, sin pasmo, el sermón de Jesucristo en el monte, aquel discurso tan sencillo y al mismo tiempo tan sublime, aquel arcano profundísimo de la sabiduría increada, donde reconocemos á la vez los verdaderos caracteres de la virtud y las altas é inamissibles recompensas del justo? Desde la cumbre de esta montaña santa abre de par en par las puertas de los cielos; pero dueño absoluto de esta herencia tan rica y en extremo celoso de que nada entrase allí que pudiera llamarse indigno de tan alta grandeza, pronuncia soberanamente las condiciones con que podiamos aspirar todos á incorporarnos en el número de sus felices moradores. Desde allí llama á todos sus escogidos mencionándolos con caracteres tan visibles, que no podia confundirlos en la tierra sino la ceguedad espantosa de las pasiones. El oro que brilla en los palacios, el poder que usurpa no pocas veces los homenajes que se deben á la justicia, el ingenio que hincha tanto el corazon de los sábios del siglo, los cetros y coronas que deslumbran, las miradas del universo, nada de esto se comprende en el gran convíte de Jesucristo, nada entra en los divinos planes de su sabiduría, nada figura ni debe figurar en el eterno reino que gobierna con su Padre. Sin embargo, hé aquí los ídolos del mundo: hé aquí los títulos para llegar á disponer de todos los destinos, hé aquí lo que aguardaban en Jesucristo los judios carnales á tiempo de anunciárselos que estaba ya en medio de ellos el Rey prometido. Pero ¡oh Dios mio! ¡cuán diferentes son vuestros juicios de los cálculos que forma el hombre para deberse exclusivamente á sí mismo su dicha! Mientras nosotros devorados sin cesar de mil rastreras y vergonzosas pasiones, esclavizamos nuestro espíritu violentándolo á seguir una mentida felicidad, vos condenais nuestra soberbia, proclamando el triunfo de los padecimientos, de las humillaciones y de la misma simplicidad. Sí, católicos, Jesucristo tiende su vista por el inmenso horizonte que le presentan á la vez todos los errores del entendimiento y todas las tendencias de una voluntad ex-

traviada. Recorre la inmensa línea de los héroes: los ve lanzarse á los combates y á la muerte, contentos con la recompensa limitada con que el mundo les brinda, distingue á los monarcas que rodeados de triunfos y homenajes, parecen hallar su ventura en el incienso que adornece la vanidad, y profundamente afectado por un espectáculo tan digno de todo el rigor de su justicia, vuelve á otra parte sus miradas, penetra con ellas en el recinto ignorado del pobre, y á la vista del menosprecio con que se mira á sí mismo y á todo lo que pasa, se adelanta presuroso á ofrecerle la inmortalidad. "Bienaventurados, exclama, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (1)." El cuadro desolador que presenta la ira y la venganza, excita vivamente su amor al sosiego inefable de aquellos hombres que por una serie de vencimientos han llegado á desterrar de su corazón el rabioso imperio de la ira, y no contento con asegurarles una paz eterna, los proclama también señores del universo. "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (2)." Las lágrimas que hace brotar de los ojos la persecucion, el dolor y la miseria, estas lágrimas insultadas de continuo por la opulencia, madre de los placeres mundanos, se transforman repentinamente en un objeto caro, envidiable y querido, en un estímulo de la más dulce esperanza y en una divisa de la más cumplida ventura. "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. (3)."

Los que anhelan ardientemente la justicia (4), los que ambicionan sobre todos los títulos el de Padre misericordioso (5), los que conservan el inefable depósito de un

(1) Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum celorum. Matth., cap. V, v. 3.

(2) Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram. Matth., cap. V, v. 4.

(3) Beati, qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. Matth., c. V, v. 5.

(4) Beati, qui esuriunt et sitiunt iustitiam: quoniam ipsi saturabuntur. Matth., cap. V, v. 6.

(5) Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur. Matth., cap. V, v. 7.

corazon sin mancha (1), los que reposan en la quietud de una conciencia libre de borrascas (2) y los que reciben todos los embates de una persecucion injusta (3); hé aquí, hermanos míos, la gran familia de Jesucristo: son los objetos más caros, los dueños y poseedores de los bienes que vino á anunciar á la tierra, los fieles amigos de su cruz y los dichosos habitantes de su patria celestial (4). Tales son los caracteres del verdadero cristiano: éstos los timbres que anuncian su nobleza y el sello augusto que Dios ha querido imprimir en la frente de sus elegidos.

Pero ¿quereis, católicos, ver reunidos en uno solo todos estos brillantes caracteres del cristianismo? ¿Quereis que os presente en una sola todas las virtudes, en una sola todas las máximas, y en un solo punto toda la perfeccion del Evangelio? Convertid vuestras miradas á aquel grande precepto que Jesucristo quiso presentar á los suyos como la gran divisa de su doctrina celestial (5). "Vosotros amaréis á vuestro prójimo, viendo tal vez con odio á vuestro enemigo: pero yo os digo: amad á vuestros enemigos (6)." ¿Qué mejor prueba puede exigirse de una caridad perfecta? El que ama á sus enemigos, sacrifica sus resentimientos, dando así el ejemplo más brillante de su mansedumbre; no tiene más objeto que la ley de Dios y cree que todo lo que sufre es nada en comparacion de lo que merece, dándonos así el testimonio más solemne de la humildad evangélica y de la pobreza de

(1) Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt. Matth., c. V, v. 8.

(2) Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur. Matth., cap. V, v. 9.

(3) Beati qui persecutionem patientur propter iustitiam: quoniam ipsorum est regnum celorum. Matth., c. V, v. 10.

(4) Hé aquí la ley: hé aquí la moral cristiana, la doctrina evangélica que predicó el Salvador con sus discursos, que sostuvo y manifestó con sus ejemplos, que probó divinamente con sus milagros.

(5) Si enim diligitis eos: qui vos diligunt, ipsam mercedem habebitis: nonne et publicani hoc faciunt? Et si salutaveritis fratres vestros tantum, quid amplius facitis? nonne et ethnici hoc faciunt? Matth., c. V, v. 46, 47.

(6) Audistis quia dictum est: diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros. Matth., cap. V, v. 43, 44.

espíritu; el que ama á sus enemigos es el misericordioso por excelencia; el que padece la persecucion por la justicia, el que solo llora por sus propios delitos, el asilo delicioso de la paz. El que perdona á sus enemigos, los tiene, no como unos objetos de horror, sino como otros tantos medios para acrisolar la virtud, y al estimar por dulces estas persecuciones, nos deja traslucir un corazon que nunca se cree bastante limpio, ni deja de anhelar jamás por la justicia; en una palabra, el que ama á sus enemigos dá con esto solo á su Dios una prueba que únicamente puede sostener la caridad divina, y le manifiesta con una accion verdaderamente heroica que le ama sobre todas las cosas. *Diligite inimicos vestros.*

Confieso, hermanos míos, que nada es más natural al hombre que la pasion de la venganza; y nada más contrario á sus pensamientos é intenciones que el perdon de las injurias. En todo lo demás, dice San Agustin, nada nos prescribe nuestra religion en punto de costumbres que no sea evidentemente racional y justo; pero cuando nos manda amar hasta nuestros perseguidores, parece que nos exige una cosa muy superior á nuestra razon, y por más sumisos que estemos á la ley, nos hacemos violencia para no condenarla (1). Sin embargo, el amor á los enemigos es el que nos hace propiamente cristianos, y según Tertuliano, en esto consiste el carácter de nuestra santidad (2).

Era necesario, pues, para establecer sólidamente el cristianismo, hacer morir todo deseo de venganza, y que Jesucristo con su ejemplo confirmase precepto tan sublime. ¿Mas necesitaré, cristianos, seguirle á la Piscina, acompañarle al Cenáculo, mostrarle á la presencia de sus jueces, y ponderar á cada instante la más pura de todas las máximas para verla confirmada con los más brillan-

(1) Cum veró legitur, diligite inimicos vestros et benefacite his qui oderunt vos, tunc ipsa pené accenatur religio. S. August.

(2) Ita jubemur inimicos diligere ut hæc sit perfecta et propria bonitas nostra. Tertulianus.

tes ejemplos? No, me basta contemplarle en el instante en que va á consumir su pasion, para ver allí reunido lo más angusto y lo más santo que el Evangelio nos presenta en la doctrina del Mesias.

Yo me traslado con el espíritu al Calvario, á este sitio depósito de tantos recuerdos, teatro de tantas misericordias, testigo fidelísimo del acontecimiento más grande que han visto las edades, del sacrificio por excelencia, en que una victima de tan alto precio se ofrece para satisfacer á la justicia del Eterno. Esta montaña regada con las lágrimas de la más pura de todas las vírgenes, hollada con los piés del más ingrato de todos los pueblos, y consagrada por fin en la veneracion del universo por la muerte del Hombre Dios. Veo allí á Jesucristo en el instante mismo en que la crueldad agota su furia, en que la ingratitud excede á todo término y el abandono y desamparo á toda ponderacion; le veo, digo, herir aquella multitud ciega con una mirada de misericordia, volverla despues á los cielos, penetrar con ella hasta el trono del Altísimo y clamar con el acento más tierno y apasionado: "Padre, perdónalos que no saben lo que hacen (1)."

¡Oh bondad infinita! ¡Oh ternura que apenas puede concebir la inteligencia del hombre! ¡Oh prodigio de clemencia, título precioso para consolar al verdadero cristiano! ¿Quién hubiera podido imaginar, católicos, que á tiempo mismo en que los verdugos reunian toda su fuerza para oprimir al Salvador, en que la furia de aquel pueblo bárbaro agotaba los insultos y las humillaciones, de aquel pueblo que á trueque de conseguir la muerte de su libertador, pedía que sobre él y sobre sus hijos cayera la sangre del justo, (2) ¿quién hubiera imaginado, repito, que éste habia de ser precisamente el más poderoso estímulo para el amor de Jesucristo, y que este divino

(1) Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. Luc., cap. XXIII v. 34.

(2) Sanguis ejus super nos, et super filios nostros. Mat., cap. XXVII, v. 25.

Maestro había de publicar, en consecuencia, un indulto general para todos los verdugos, un perdón universal para todo el género humano? *Pater dimitte illis, nesciunt quid faciunt.* ¡Qué palabras tan sublimes y cuán grande profundidad encierran!

Parece que Jesucristo esperaba que la rabia de sus enemigos llegara al extremo para interponer estos mismos dolores como solemnes títulos de un perdón ardientemente deseado. Si, hermanos míos, él amó á sus verdugos y “era amarlos bien, dice San Gregorio Papa, querer reconciliarlos con su Padre, porque no podía reconciliarlos con su Padre sin reconciliarlos consigo mismo.” Ha pedido por ellos, y lo más admirable es que se ha servido de las mismas llagas y heridas que le hacían para interceder por ellos ante su Eterno Padre. “¡Oh prodigio de amor, exclama un grande Arzobispo de Tours, mientras los judíos taladraban con los clavos las manos del Salvador, mientras abrían su costado con la lanza, mientras ponían la hiel en sus labios, sus manos, su costado y su boca pedían gracia y perdón por ellos.” *Pater dimitte illis, nesciunt enim quid faciunt* (1).

Parece que en este grande empeño mide y compara sus palabras á fin de que ellas correspondan al éxito porque tanto suspira su amor. Se dirige al Eterno, pero escoge para hablarle el más dulce de todos los nombres, *Pater*, el que más fácil penetra en el asilo de la misericordia; *Pater*, el precursor de los sentimientos más dulces y más tiernos; *Pater*, el inefable nombre de Padre. No desprecia á los que le injurian porque esto hubiera sido imitar el orgullo de los filósofos; no se contenta con guardar silencio en medio de las injurias más atroces, porque esto hubiera sido asemejarse al débil que no puede satisfacer su venganza: tampoco á impulsos de la justicia lanza un tremendo anatema contra sus perseguidores, porque en-

(1) ¡O charitas admiranda, dum clavi manibus, dum lancea lateri, dum fel ori ad moveretur, et manus, et latus, et os agebant pro inimicis! *Hildebertus.*

tonces no era tiempo de hacerles sentir su poder. ¿Se contentará solo, hermanos míos, con olvidar los ultrajes que de ellos ha recibido? “¡Ah, responde San Juan Crisóstomo! eso era muy poco para él, porque no quiere “que eso sea bastante para nosotros.” Clama profundamente por su perdón, y no satisfecho con perdonarles él mismo, interpone sus méritos y excita la ternura del Supremo Juez para que les perdone. *Pater dimitte illis.*

Mas qué ¿el amor de Jesucristo se reduce á clamar por el perdón de sus enemigos? Sublime y generosa, por cierto, es esta ardiente plegaria; pero Jesús aun lleva más adelante su celo. Se diría que no quiere reconocerlos como culpables: que el amor tiende un velo impenetrable sobre tanto crimen; y aunque la ignorancia de los judíos era inexcusable, como dice San Pablo, se valió de ella para disminuir el horror de tan grande atentado. No solo clama por su perdón: los defiende, los excusa, los cubre delante de Dios; derrama sobre ellos las gracias más singulares y las más abundantes misericordias. “No considera, dice San Agustín, que ellos eran la causa de que padeciese, atiende solo á que muere por ellos (19).” No, dice, no son culpables, ellos ignoran lo que han hecho, son unos ciegos dignos de lástima, y en vez de atraer sobre sí la justicia, son acreedores á la indulgencia y merecen la misericordia. No saben lo que hacen. *Nesciunt enim quid faciunt*

Ved aquí, católicos, confirmada con el ejemplo de que solo es capaz un Dios la doctrina del Evangelio. Ved aquí al verdadero Maestro escogiendo por sí la situación más terrible para desahogar con mayor fuerza los sentimientos de su amor; se diría que poseían á Jesucristo é interesaban exclusivamente sus enemigos: en este momento solemne no asoman á sus labios los nombres queridos de una madre tierna, de un discípulo predilecto; parece no

(1) Non enim attendebat quod ab ipsis patebatur, sed quis pro ipsis moriebatur. S. August.

acordarse de Pedro, fundamento inmóvil de sus promesas, príncipe de su reino espiritual en el mundo, depositario de su doctrina y de su poder, no se acuerda de sus discípulos, los que celebraron con él la última Pascua, tampoco piensa en los fieles que deja en Jerusalén. Todo su corazón está ocupado por los que se agolpan á herirle y darle muerte. No quiere que ninguno se pierda, su ley es de amor y el que nos ha mandado amar á nuestros enemigos, se empeña ardentemente en hacer bajar sobre los suyos, con un perdon absoluto y universal, todas las bendiciones de su Padre. *Pater, etc.*

Así es, hermanos míos, como Jesucristo desde la cruz da testimonio de su divinidad como Maestro. ¿A la vista de semejante modelo de caridad os diré hermanos míos: amemos á nuestros enemigos hasta morir, si es necesario, por ellos? ¡Ojalá y pudiera yo inspiraros tales sentimientos! Pero ahí nuestro poco valor nos aleja mucho de una imitación tan sublime. Ya, pues, que no me es permitido aspirar á tanto, me limitaré á deciros con San Juan Crisóstomo: "No tengamos envidia á los que nos aman, no abriguemos una "malignidad secreta contra los que nos hacen el bien;" ya que no me es dado disponer vuestros pechos á la acción augusta de volver el bien por el mal, virtud maravillosa de que nos hallamos tan lejos, me contentaré con deciros siquiera: Renunciad á la venganza; no dejéis que el odio, este horrible precursor de tantos desastres, inflame vuestra cólera y desencadene el peso de la persecución contra vuestros hermanos. Abandonad esas prevenciones siniestras tan ingeniosas para revestir de un colorido culpable las acciones más inocentes y siempre alerta contra las exajeraciones del amor propio, convertid á la mejor parte las acciones que pasan delante de vosotros. Siempre que una delicadeza que no puede autorizar el Evangelio levante pensamientos de ira en vuestro corazón, huid rápidamente de vosotros mismos y en las alas de un amor divino volad al instante á la cumbre del Calvario, animad en vuestro espíritu la imagen de esta víctima Santa,

contemplad sus humillaciones, sus oprobios, su martirio, y escuchad al mismo tiempo aquellas palabras de paz: "¡Perdónales, oh Padre!"

¡Oh, si me fuera dado, hermanos míos, decir con aquella santa alegría que inspira el reinado de la virtud que mis deseos estaban satisfechos y unir aquí mis voces con las vuestras para entonar delante de la Cruz un canto de reconocimiento, por las dulces propensiones de un corazón exento de celo, de envidia, de aborrecimiento y de ira! Pero ¡oh Dios Eterno, qué puedo deciros yo cuando viéndolos clavado en esa cruz os veo hoy tal vez más ofendido que en los aciagos días de vuestra pasión! Entonces os injuriaban unos hombres que desconociendo vuestra misión augusta se resistieron á entrar en el número de vuestros discípulos; hoy os ofende un pueblo que ha recibido el beneficio de vuestra luz, que ha sido iniciado en vuestros altos misterios y que renunciando al mundo, al demonio y á la carne, os ha ofrecido en vuestras aras sumisión á vuestra doctrina y obediencia á vuestra ley: entonces os maldecían fuera de los muros de Jerusalén, hoy os maldicen en el seno de la Iglesia Católica; entonces, finalmente, vuestro amor sin límites supo hallar causas para excusar aquel pueblo rebelde; pero ahora ¿qué excusa encontrará para nosotros? aquellos no sabían lo que hicieron ¿pero nosotros? ¡Oh dolor! Sabemos lo que hacemos, obramos con pleno conocimiento, sabemos que vuestra ley es divina, que vos sois el Verbo, el hijo de Dios y Dios mismo, que vinisteis á la tierra para hacer caer de nuestro cuello abatido el yugo que pesaba sobre nosotros por espacio de tantos siglos: que vuestra doctrina es santa, vuestra pasión un torrente de amor y vuestras costumbres un exceso de ingratitud. ¿Se abren, pues, hoy vuestros labios, hoy que sentado á la diestra de vuestro Padre esperais únicamente que haga rebosar el mundo la copa de su iniquidad para descender en un trono de gloria y pronunciar el hasta aquí que ha de poner término á cuanto existe? ¿Se abren hoy, repito,

vuestros lábios, para reclamar en favor nuestro la gracia que pedisteis desde vuestra cruz para el pueblo que os daba la muerte? Yo no puedo, Señor, penetrar en el profundo secreto de vuestros juicios: sé muy bien que vuestra misericordia no tiene límites: que la gracia mana á torrentes donde más abunda el delito; pero sé también que jamás quedan impunes los abusos de vuestra misericordia, que tenéis término y medida puestas á vuestra gracia: que el delito abunda, la caridad se resfria, el misterio de la iniquidad se consuma; que vuelan los siglos á vuestra presencia y que se aproxima á nosotros el tiempo de la ira, la fiesta solemne de vuestra justicia eterna, y el día tremendo en que anunciado del trueno, precedido de vuestra cruz victoriosa, sentado en medio de las doce tribus de Israel, no direis ya como en el Calvario: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen;" sino "apartáos de mí, malditos, al fuego eterno."

Pero ¿qué, señores, no descubrimos aun en el mismo Calvario una imágen terrible de esta justicia eterna que ha de sorprender al mundo en el último de los días? Acordáos del réprobo infeliz que al lado mismo del Salvador sucumbe justamente á los golpes de la justicia humana y al poder de la justicia divina; que sube del crimen al cadalso y baja del cadalso á los abismos. Acordáos al mismo tiempo de aquel delincuente feliz que reconoce al Mesías en el seno de sus oprobios, que le proclama Dios en medio de sus dolores, y que poco atento al destino de su cuerpo se fija solo en la vida del espíritu, se humilla delante de su juez, implora su misericordia, ve brillar á sus ojos la luz de la inmortalidad, y junto con Jesucristo precede á los apóstoles en la entrada del paraíso.

SEGUNDA PARTE.

En este ejemplo, católicos, descubrimos á la vez los caracteres del verdadero arrepentimiento que llama á torrentes la gracia de Jesucristo y lo infructuoso de esta misma gracia para un corazón obstinado á sus dulces é inefables inspiraciones. Si al asignar estos caracteres notáreis, hermanos míos, que me detengo con cierta predilección particular en la ventura inexplicable del uno y paso con cierta rapidez sobre la desgracia del otro; recordad que la justicia de Dios brilla igualmente en el arrepentimiento que en la obstinación, en la recompensa que en el castigo, y que los cielos y el infierno, aunque con voces diferentes, proclaman sin cesar los atributos de la justicia eterna; pero recordad muy particularmente que cuando meditamos en el misterio de la cruz un imán irresistible nos atrae á considerar el lado benigno de la justicia, y que si este signo sagrado ha de ser un día el anuncio de la reprobación para los unos y de felicidad para los otros, hoy es para todos un signo de esperanza y un estímulo poderoso para levantar nuestras voces al asilo de la misericordia.

Después de haber pedido Jesucristo el perdón de sus enemigos, uno de los compañeros de su suplicio, viendo sin duda en esta caridad sin límites un atributo que no pertenece al hombre, se sorprende con una luz desconocida que le muestra del modo más visible la divinidad del crucificado. Echa una ojeada sobre su suerte y no le parece ya tan infausta; se convence que es muy limitado el poder de los hombres, que la muerte solo es un tránsito y que tiene cerca de sí el poder supremo que puede elevarlo hasta la esfera de los ángeles y hacerlo vivir eter-

namente. Entra en el abismo de su conciencia, reconoce el fondo de su iniquidad, confiesa la justicia de sus padecimientos, proclama la inocencia del Mesías y con un atrevimiento humilde se adelanta á pedirle su parte en el perdón general que acaba de establecer. Entonces Jesucristo, á la vista de una contrición tan perfecta, de un arrepentimiento que todo lo ha purificado, de una correspondencia fidelísima á los fuertes impulsos de su gracia, deja salir de sus divinos labios estas palabras llenas de consuelo y de paz, estas palabras de ternura que salen de su corazón: "Hoy serás conmigo en el paraíso." *Hodie mecum eris in Paradiso.*

Pero ¿qué decís ¡oh Salvador mio! vuestro cuerpo colocado en la cruz, vuestros piés y vuestras manos atravesadas con los clavos y vos prometiendo el Paraíso? Si, nos responde, á fin de que sepais cuál es mi soberano poder aun en el momento en que estoy clavado en la cruz. Si, católicos, ved aquí un contraste que descubre altamente la fuerza de su poder. No resucitando aun muerto; no mandando á los vientos y á las tempestades; no haciendo huir á los demonios, no, sino al instante en que sus piés y sus manos están encadenados á la cruz en que espira, en el momento en que está agobiado de injurias y maldiciones, cubierto de salivas, cargado de oprobios y vilipendio, entonces es cuando ha podido cambiar el corazón perverso de un ladrón. ¡Cómo resplandece por todas partes su poder! Ha hecho cimbrar la naturaleza, ha hecho que las piedras se despedacen, y lo que es más admirable todavía, ha enternecido y cambiado el alma de un criminal todavía más dura que la piedra. "Hoy serás conmigo en el paraíso."

¿Pero qué? los querubines armados de una espada de fuego vigilan sobre las puertas del paraíso para impedir que nadie penetre allí, y ¿vos prometeis á un ladrón abrirle esas puertas? Si, porque yo soy el Señor de los querubines, yo soy aquel á cuya voz obedecen el infierno y sus llamas, yo soy el árbitro supremo de la vida y de

la muerte. Haced, pues, ¡oh Señor! vuestra voluntad. ¿Mas permitiréis que entre juntamente con vos un hombre como éste y vaya á manchar con su presencia la santidad de vuestro reino? ¿Irá sentado con vos mismo en vuestro carro de triunfo? El rey de los cielos sigue leyes muy diversas, católicos, que los reyes de la tierra; la pureza que vierte en el alma un sincero y generoso arrepentimiento, tiene á sus ojos tantos atractivos, tanta dignidad y nobleza, que nada reconoce más dulce que adornar con ella su trono. "Cuando habia llamado á su real corte á todos los publicanos, dice San Juan Crisóstomo, nos hacia reconocer con esto mismo que podia cambiarlos y santificarlos de tal suerte, que llegasen á ser capaces de merecer los honores y recompensas soberanas. Semejante á un médico cuya habilidad nunca se anuncia con más admiracion que cuando llega á destruir las enfermedades que parecian incurables (1)."

"Hoy serás conmigo en el paraíso." ¡Honor insigne! ¡Bondad inefable! ¡Exceso inaudito de misericordia! Y para colmo de ventura, católicos, este ladrón toma posesion de ella en compañía de su mismo Señor. Pero ¿qué ha hecho, me direis, de extraordinario é inaudito este delincuente para merecer una recompensa tan alta? A esto responde San Juan Crisóstomo: "El primero de los apóstoles, Pedro, renegaba de Jesucristo en la casa del gran sacerdote; el ladrón le confiesa sobre la cruz, poniendo en oposicion al uno con el otro; no es mi ánimo, no, no lo permita Dios; no es mi ánimo injuriar al primero, sino únicamente hacer más sensible la conducta verdaderamente magnánima del otro y admirar su profunda sabiduría." Pedro se espanta y sucumbe á la voz de una simple sierva; el ladrón ve á todo un pueblo rabioso cercando la Cruz de Jesucristo, ultrajándole con

(1) *Etenim cum publicanos et meretrices introducebat in regnum coelorum, non dedecori, sed honori in erat, ostendens hujusmodi esse dominum regni caelorum, qui meretricis et publicanos ita spectabiles faceret, ut digni viderentur tanti honoris et muneris. S. Joann. Crisost.*

imprecaciones de rabia, con sarcasmos insolentes; y en vez de vacilar por la debilidad aparente del crucificado, se eleva con los ojos de la fe sobre las prevenciones al parecer más naturales, reconoce en Jesucristo en el seno de las humillaciones y de los oprobios, al Rey del cielo y de la tierra, y postrándose en espíritu á sus piés, le dice humildemente: “Acordáos de mí, Señor, cuando estéis en vuestro reino (1).”

Detengámonos un momento, católicos, en estas palabras. No nos avergoncemos, dice San Juan Crisóstomo, de ir á la escuela, meditar estas palabras de un ladrón, porque él es el primero de todo el género humano, á quien se ha juzgado digno de entrar en el Paraíso, y porque es el gran modelo que Jesucristo ofrece al arrepentimiento (2). No le había dicho el Salvador, como á Pedro y Andrés: “Venid y yo (3) os haré pescadores de hombres.” No le había dicho como á los demás apóstoles: “Vosotros (4) os habreis de sentar en doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel.” No, Jesucristo no le había dirigido la palabra, ni podía contarle tampoco en el número de los testigos que habían presenciado sus milagros: no, él no había visto ni los muertos resucitados, ni los demonios despedidos, ni el mar obediente á sus órdenes; no había visto descender sobre el Tabor aquella luz de los cielos que circundando al Mesías, ba-

(1) Quando Petrus Discipulorum princeps negabat infra, tunc ille supra fixus in cruce confusus est. Et hoc non dixi animo reprehendi Petrum, absit; sed ut magnanimitatem latronis et excellentiam philosophandi rationem demonstrarem. Ille non tulit simplicio puella minas; hic totum populum insanientem, et assistentem et vociferantem, et infinita in crucifixum convitia jactantem conspicuas non vertit oculos ad injuriam crucifixe: sed fidei oculis omnia hæc pretereurrens, omnique indigna, et que impedimento esse poterat, persuasione abjecta, agnoscit caelorum Dominum. San Joann. Crisost.

(2) Ne erubescamus magistrum habere hominem illum, qui ante totum humanum genus dignus est habitus conversatione paradisi. Singula igitur verba expendamus ut et hinc virtutem crucis discamus. S. Joann. Crisost.

(3) Venite et faciam vos piscatoris hominum. Matth., c. IV, v. 19.

(4) Sedebitis super duodecim sedes, iudicantes duodecim tribus Israel. Matth., c. XIX, v. 28.

ñándolo con la luz purísima de su Padre, lo presentó á la faz del mundo con todos los arreos de su divinidad. No ve al rededor de sí más que aparatos de muerte, no ve más que la rabia en todas sus formas conjurada contra el inocente, no ve más que un hombre que sin estar cargado de sus crímenes iba á correr su misma suerte, á morir como él á mano de los verdugos; en vano echa una mirada sobre todo su cuerpo, porque solo ve en él huellas de sangre y el espectáculo del dolor. Tampoco llevaba al patíbulo un corazón dispuesto á condolerse de la inocencia perseguida: unióse, al contrario, con su compañero de crimen para insultar como el pueblo á Jesucristo (1). Pero ¡oh prodigio de gracia y de poder! No bien su compañero había dejado salir de sus labios el primer insulto (2), cuando él se transforma, y revistiéndose de una dignidad maravillosa, le dice: Y qué, ¿tú no temes á Dios? (3) ¡Oh fuerza sorprendente de espíritu! Dueño de su valor, insensible á sus sufrimientos, se ocupa en la salud de su compañero, quiere desengañarle y le dá lecciones sobre la cruz: qué, ¿tú no temes á Dios? Como si le dijera, hermanos míos: No te detengas en la sentencia que ha pronunciado un tribunal humano: no te precipites á juzgar simplemente por lo que pasa á tus ojos. Hay otro Juez invisible cuyo Tribunal soberanamente justo es tan inaccesible á las insinuaciones del artificio, como á los impulsos arrebatados de la violencia.

Nosotros, le dice, estamos cargados de delitos, y al subir al patíbulo no hacemos otra cosa que sufrir la pena que tenemos merecida (4). Admirad aquí, católicos, los

(1) Et qui cum eo crucifixi erant, convitiabantur ei. Marc., cap. XV, v. 32.

(2) Unus autem de his qui pendeabant, blasphemabat eum, dicens: Si tu es Christus, salvum fac teipsum et nos. S. Luc., cap. XXIII, v. 39.

(3) Respondens autem alter, increpabat eum, dicens: inque tu times Deum, quod in eadem damnatione es? Luc., cap. XXIII, v. 40.

(4) Nos quidem iusto, nam digna factis recipimus, hic veró nihil mali gessit. Luc., cap. XXIII, v. 41.

caractéres con que se muestra un verdadero arrepentimiento: desde que la virtud empieza á extender su dominio en el alma, se anuncia por la humildad más profunda; el hombre vuelve una mirada triste sobre la historia de sus iniquidades; y ésta sería que antes le habia causado placeres tan fugitivos, empieza á verter á torrentes la hiel en el alma, es una carga insoportable que agobia las fuerzas del espíritu; el hombre se siente profundamente abrumado, y por un instinto feliz que el entendimiento no es capaz de explicar, hace un impulso generoso y coloca á los pies de Jesucristo este peso insoportable: abátese profundamente á su presencia; le ofrece el tributo de su dolor; levanta una voz suplicante; confiesa íntegramente su pecado, y cree tener un título muy grande á la misericordia cuando deshecho en lágrimas exclama: “¡Señor, te he abierto mi corazón, te he revelado “mis crímenes; no he querido, Señor, ocultarte mi iniquidad.” *Delictum meum cognitum tibi feci et iniquitatem meam non abscondi.* ¡Título precioso! ¡Derecho augusto para volver á entrar en el goce de las prerogativas de un hijo! El primer efecto de una confesion tan sincera y de un desahogo tan puro, es esa dulce confianza con que nos atrevemos luego á pedir á nuestro Padre una ventura perfecta, la herencia que nos tiene prometida, la posesion de su reino celestial. Despues de haber reconocido profundamente nuestra miseria, despues de haber confesado nuestro delito, clamamos con la confianza de un hijo, lo mismo que el buen ladron. “Acuérdate, Señor, de mi “cuando estés en tu reino (1).”

A la vista de un arrepentimiento tan sincero, de una confesion tan humilde, de una súplica tan llena de fe, ¿extrañaremos que Jesucristo haya prodigado á manos llenas los dones de su gracia sobre este generoso penitente? ¡Ah! no vino Jesucristo á la tierra sino á buscar estas conquistas, ni su corazón jamás experimentaba delicias

(1) Et dicebat ad Jesum: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum. Luc., c. XXIII, v. 42.

más grandes que cuando un pecador arrepentido imploraba su misericordia, la sencilla (1) peticion de una mujer de Samaria le detiene sin comer (2) á la orilla de un pozo, y su conversion le satisface más que el alimento preparado por sus discípulos (3): la humilde réplica de una mujer de Canaán le hace obrar en los confines de Tiro (4) un prodigio de bondad. Pero ¿á qué fin buscar de nuevo los ejemplos en la historia de su vida, cuando en la misma cruz no cesa un instante de repetir los testimonios de su amor al arrepentimiento? Acaba de perdonar al buen ladron y sus lábios se abren de nuevo para manifestar la sed que todavia lo devoraba: *Sitio, tengo sed, sed ardiente de padecer por los pecadores; sed ardiente de recoger sus lágrimas, sed ardiente de perdonarlos.*

Conviértese luego á su Madre para recomendarnos á todos como verdaderos hijos en la persona del Discípulo amado, *Mulier, ecce filius tuus*, y se convierte despues á nosotros, anima nuestra confianza, estrecha más los vinculos de nuestro amor dejándonos ya para morir el rico legado, el inestimable presente de la intercesion de Maria. Ved aquí sus palabras; aunque dichas á San Juan, se dirigieron á todo el género humano: *Ecce Mater tua: “Ve ahí á tu Madre.”*

¿Quién hubiera sido capaz de concebir siquiera este exceso de amor, si un Dios Hombre no hubiera venido á inundar con él á todo el universo? ¿Qué dulces é inefables sentimientos no agitaban el corazón de Jesús en el instante en que un delincuente, á nombre de su divinidad y con los títulos de su arrepentimiento, le pide el Paraíso?

(1) Dicit ad eum mulier: Domine da mihi hanc aquam ut non sitiam. S. Joann., c. IV, v. 16.

(2) Interea rogabant eum discipuli, dicentes: Rabbi manduca. S. Joann. c. IV, v. 31.

(3) Ille autem dicit eis: Ego cibum habeo manducare quem vos nescitis. S. Joann., c. IV, v. 32.

(4) At illa respondit, et dixit illi: utique Domine, nam et castelli comedunt sub mensa de micis puerorum. Et ait illi: propter hunc sermonem vade, exiit Demonium á filia tua. S. Marc., c. VII, v. 28, 29.

¡Ah! el Salvador penetra en el fondo de aquella alma confundida y atormentada por el dolor de sus crímenes, ve que la gracia todo lo ha dispuesto ya, que la fe ha vertido toda su luz, que la esperanza se eleva hasta los cielos y que la caridad se exhala con suavidad inexplicable por los labios de aquel dichoso penitente. No se detiene, pues, antes bien se adelanta presuroso á otorgarle sin tasa ni límites la ventura suprema que le pedía. Sí, le dice, tú has pedido con sinceridad, tu súplica ha sido escuchada; recibe, pues, el premio de tu arrepentimiento, el caro objeto de tu esperanza, la corona inmarcesible de tu amor; un momento no más, y vas á ofrecer á los ángeles el espectáculo de tu ventura, serás entre ellos colocado y gozarás conmigo una dicha consumada en un reino á donde no llega el poder de la muerte. “Hoy serás conmigo en el Paraíso.”

¡Oh día grande, día solemne en que las puertas de los cielos se abren al hombre por la primera vez, despues de tantos siglos que habian estado cerradas por la culpa! ¡Dichoso una y mil veces tú, hombre predilecto, á quien fué dado recoger las primicias de la Redencion! No muere aun Jesucristo y ya recibes de sus propios labios el dulce convité para acompañarlo aquel mismo día en su entrada al reino de los cielos. “Hoy serás conmigo en el Paraíso.” *Hodie mecum eris in Paradiso.*

¡Qué dicha, católicos! ¡qué perspectiva tan grata para todos aquellos que fieles del todo á las inspiraciones de una gracia benéfica se apresuran á consagrar á Dios el resto de sus días, y á expiar con una sincera y fervorosa penitencia los extravíos de su juventud! ¡Oh, vosotras almas recogidas, que habeis venido aquí á buscar un asilo contra las funestas ilusiones del mundo; vosotras las que abrazadas con la Cruz del Salvador mirais en ella el arca única que os ha de salvar de las borrascas frecuentes, continuas y siempre furiosas de este mundo; felicidad conmigo á ese ilustre penitente, entona con él el himno de la gratitud celestial al Padre de las misericordias!

¿Y qué diré de vosotros, los que alternando siempre entre la virtud y los vicios, entre el arrepentimiento y el pecado, buscáis en la misericordia misma que ha salvado á este delincuente, una salvaguardia contra las tremendas alarmas de una conciencia culpable y los justos temores de un castigo infalible? ¡Ay! Apartad vuestros ojos de ese objeto, no reconozcáis en él vuestra imagen, volvedlos á ese otro infeliz, que igualmente cerca que su compañero del padre de la gracia, de la fuente de agua viva, pone con su obstinacion el colmo á su iniquidad; y la misma boca que abre el Paraíso al penitente, en medio de su mismo silencio, le hace descender á los abismos. ¡Desdichado fin! ¡Terrible ejemplo para vosotros!

¿Pero dónde buscar, hermanos míos, las causas de una diferencia tan espantosa? ¿No es Jesucristo el Padre de la gracia; no acaba de pedir por todos sus enemigos; no ha derramado su sangre aun por los mismos que le crucificaron (1); no ha manifestado una sed ardiente de padecer por los hombres, de perdonarlos á todos y de hacerlos felices? ¿No está este criminal inmediato á la cruz que ha salvado al mundo? ¿No ha tenido la misma vida delincuente, las mismas pasiones agitadas, los mismos arraigados vicios que conducen al patíbulo á su compañero? ¿Por qué, pues, una suerte tan desigual, por qué un destino tan adverso? ¡Ah, católicos, admirémos con temor y con temblor el misterio de la justicia! La gracia que justifica al hombre es un don precioso á la verdad, pero que nada puede por sí mismo cuando el pecador le opone un corazon obstinado; Dios la derrama á torrentes por el mundo y todos vivimos por ella; pero sus efectos saludables suponen siempre la cooperacion eficaz del espíritu. Ella, semejante á una semilla fecunda, produce frutos de bendicion en una tierra blanda y dispuesta; pero deja de florecer cuando el terreno es árido y se desprecia absolutamente el cultivo. Dios no debe esta gracia ni á

(1) Sanguis eius fusus est ut ipsam peccatum ponet delere quo fusus est. 8. August.

los ángeles ni á los hombres; pero su bondad es infinita y siempre la vierte en abundancia para que ninguno perezca. ¿Pero se recibe igualmente y del mismo modo un bien tan inestimable y precioso? ¡Ah, por un número pequeño que sabe elevarse hasta la altura de la fuente y aprovechar este precioso talento, hay un número mayor muy distinguido por dos caracteres espantosos: unos que la reciben con desden y otros que la arrojan de sí con menosprecio! A la primera clase pertenecen aquellas almas inconstantes y tibias que tan presto se abrazan de la cruz, como huyen precipitadas del Calvario; tan pronto riegan con lágrimas los altares, como se abandonan á las locas alegrías del mundo; tan pronto, finalmente, se presentan al tribunal de la penitencia y se alimentan con el pan de los vivos, como se lanzan con más furor á los deleites reprobados y al torbellino de las pasiones. El primer efecto de una alternativa tan monstruosa es la fria indiferencia con que se reciben las máximas santas de la moral, los misterios augustos de la religion, los temores y las esperanzas de la fe. ¡Indiferencia horrible! ¡Fatal sintoma! ¡Letargo funesto del corazón! Vano es entonces que la gracia derrame su influjo en el espíritu, se la recibe como un objeto diario que ya no despierta la atención, las saludables inspiraciones que sugiere no son más que pensamientos comunes y leves, y los clamores que de tiempo en tiempo levantan en el fondo de la conciencia, son golpes muy rápidos, muy pasajeros, que regularmente se quedan sin efecto: en una palabra, la gracia se presenta, pero es recibida con desden.

A la segunda clase pertenecen aquellos hijos desnaturalizados que se avergüenzan de su clara estirpe, que maldicen á su padre y abominan sus favores; aquellos hombres que, fastidiados ya de la tierna solicitud con que los busca siempre un padre amoroso, huyen de él para siempre y se esfuerzan por olvidar su nombre: aquellos hombres que abandonados á su propia corrupcion se han empeñado en acallar la voz de la conciencia, se han rebe-

lado abiertamente contra la ley y abandonados á sí mismos han renunciado ya, no solamente á los documentos de lamoral cristiana, sino á las esperanzas inmortales; en una palabra, aquellos hombres que no viendo la gracia sino como una carga importuna la arrojan de sí con orgulloso menosprecio.

¿Qué hará, pues, hermanos míos, el concurso de la gracia con un corazón obstinado y con una alma rebelde? No lo diré yo, no invocaré tampoco la autoridad de las Santas Escrituras ni el testimonio de los Padres, ¿qué necesidad tenemos de las palabras cuando hablan tan alto los ejemplos? Ved á ese infeliz para quien fueron del todo inútiles los piadosos estímulos de Jesucristo: ese infeliz que escuchó con la indiferencia del orgullo aquella voz saludable que había perdonado á los más encarnizados enemigos, ese infeliz que oyó friamente las animadas exhortaciones que le dirigía su compañero de crimen, ese infeliz, en una palabra, que murió rebelde como había vivido. Fijaos en el Calvario, en este lugar donde Jesucristo, así como había querido abrir al arrepentimiento el asilo de la misericordia, quiso también ofrecer á la obstinación contra la gracia, el tribunal severo de su justicia, como dice San Leon, á fin de que en el mismo espectáculo del patíbulo se mostrase una imagen de aquella separación terrible que ha de hacer de los hombres en el día tremendo de su venganza, y que la fe del ladrón que erigió, fuese una figura de los que han de salvarse y la impiedad del ladrón blasfemo anunciase los que han de ser condenados (1).

Es de fe, hermanos míos, que la muerte de Jesucristo fué la primera escena del juicio universal del mundo, ó para hablar con más sencillez, fué el mismo juicio del

(1) Ut etiam in ipsa patibuli specie, monstraretur illa que in iudicio ipsius omnium hominum est facienda discretio: cum et salvandorum figuram fides credentis latronis exprimeret, et damnandorum formam blasphemantis impietas prenotaret. S. Leo.

mundo. *Nunc iudicium est mundi* (1). Por esto, hermanos míos, Dios por su providencia quiso que las mismas señales que han de preceder al juicio universal se manifestasen visible y distintamente en la muerte de Jesús, pues en el instante en que espiró, el sol, por un milagro digno de admiración y contra todas las leyes de la naturaleza, apareció eclipsado, la tierra, con un prodigioso temblor, se conmovió toda; los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos que allí estaban sepultados y entregados al sueño de la muerte, resucitaron. Prodigios todos que el mismo Jesucristo había anunciado á sus discípulos cuando los instruía y preparaba para su última venida. Entónces, les decía, el sol se oscurecerá, la tierra temblará, todos los elementos estarán llenos de confusión, los muertos saldrán de sus sepulcros; y entónces se verá el hijo del hombre sentado sobre una nube con gran poder y majestad. No faltaba, pues, sino verlo sobre la nube que había de servirle de trono, ¿pero no se le vió sobre la cruz pronunciando sentencias de vida y de muerte contra los réprobos? ¿No se le vió convertir desde la cruz á los gentiles, reprobos á los judíos, salvar al Centurion, condenar á Júdas, asegurar el Paraíso á uno de los compañeros de su suplicio y dejar morir al otro en su obstinacion é impenitencia? “Por esto, dice San Agustín, Jesucristo, no obstante la oposicion de los judíos, quiso ser proclamado Rey en la Cruz. Cualidad que hasta entónces se le había disputado; pero entónces le fué concedida por derecho, porque allí fué donde empezó á ejercer las funciones de Juez, porque quien dice “Rey, dice Juez absoluto, Juez sin apelacion, Juez sin recurso. Observad, católicos, continúa el santo obispo “de Hipona, observad que es Rey en el Calvario y Rey

(1) Isaías, contemplando al Salvador ensangrentado y desfigurado en la cruz, pone en su boca estas palabras: *Dies enim ultionis in corde meo Dies Redemptionis meae; venite*. Sin separar, antes bien confundiendo estos dos días, el de la venganza y el de la Redencion, porque como explica San Agustín, no se ha vengado Dios sino en el instante en que el hombre ha sido redimido.

“en el Tabor en su última venida, porque en el Calvario “fué donde usó por primera vez de la potestad de juzgar “que le había dado su Padre, y en el Tabor es donde debe acabar el ejercicio de este poder.”

¡Oh inefable gloria de la pasion del Salvador! exclama el mismo papa San Leon. ¡Oh pasion misteriosa y adorable, que nos has hecho ver y aun experimentar anticipadamente el rigor del juicio que esperamos, la santidad del Señor á cuyo tribunal debemos comparecer, y el poder supremo de este Dios crucificado, que aun espirando, no dejaba de ser, segun San Pablo, el Dios vivo, en cuyas manos es terrible, pero infalible el haber de caer! (1)

Ved aquí, pues, católicos, como el poder de Jesucristo se anuncia de una manera muy terrible aun en medio de sus humillaciones; ved aquí una derecha y una siniestra, un premio y un castigo, un delincuente arrepentido que vuela de la cruz al Paraíso y un delincuente obstinado que se precipita desde la cruz á los infiernos. Así es como Jesucristo, aun en medio de la Cruz, da testimonio de su divinidad como Juez.

¡Oh Dios mío! Vos consumais en ese madero nuestra redencion, nosotros consumamos en la tierra nuestra infelicidad con nuestras ofensas. Vos morís por nosotros y nosotros nos esforzamos para alejarnos de nuestro corazon; perdonais á vuestros enemigos consumando así con un ejemplo divino la santidad de vuestra doctrina. Nosotros desencadenamos las pasiones más desastrosas y vehementes para recrear nuestra vista en la sangre de nuestros hermanos; no hay injuria pequeña para nosotros, el amor propio ha roto los diques, y la soberbia ha hecho temblar sus estandartes y amagado con la muerte á cuantos no le están sometidos. Vos perdonais á un ladrón que confiesa sus faltas y se arrepiente, y así consumais vues-

(1) O admirabilis potentia crucis! O ineffabilis passionis gloria in qua et tribunal Domini, et iudicium mundi, et potestas crucifixi! S. Leo. *de 7*

tra mision de paz y de bondad, abriendo aun antes de morir las puertas del Paraíso; pero nosotros no conocemos jamás el precio del arrepentimiento; inútiles son los conatos de nuestro prójimo para desarmar nuestra furia, y el espectáculo de sus virtudes posteriores ofrece una luz demasiado opaca para distraer nuestra vista de las faltas pasadas que han tenido con nosotros, y ningún deseo más vehemente se levanta en nuestro corazón que el de consumir la venganza. Castigais á un rebelde consumando así la obra de vuestra justicia; pero un ejemplo tan terrible que os muestra como Juez inexorable, no basta para que despertemos de nuestro letargo, para que pongamos á vuestros pies el peso de nuestras iniquidades, para que digamos un adios eterno á los enemigos que combaten la virtud, para que reguemos con nuestras lágrimas ese madero sagrado y consumemos por fin la obra de nuestra conversion. Vos, Dios mio, acabais el gran sacrificio y lo anunciáis al mundo con una palabra sublime. *Consummatum est.* Alta y prodigiosa palabra que la naturaleza reveló con apresuramiento á toda la tierra: las piedras que se chocan y despedazan dicen que todo está consumado, el velo del templo que se rompe, los montes que se cimbran, las ciudades que se estremecen, los sepulcros que se abren, dicen que todo está consumado; todo está consumado, claman los cielos, todo está consumado, repiten los abismos y un luto universal de que se cubre toda la naturaleza, á ejemplo del primero de los astros, revelan á todos los países del mundo esta consumacion. Solo el hombre permanece vacilante, si no es que cerrando los ojos á la fe y el pecho á la esperanza, y haciendo rebosar la copa del delito, pronuncie de una vez aquella consumacion que arrastrará consigo cuanto existe al exterminio universal.

Pero ¿qué puede el hombre, ¡oh Dios mio! abandonado á sus propias fuerzas? ¿Qué es el hombre si Vos no le sostieneis, si no admitís la consagracion de su espíritu y lo recibis en vuestro seno para que no penetren á él los

tiros de sus enemigos? Permitid, pues, Señor, que desde este valle de lágrimas hagamos subir nosotros hasta el trono de vuestra misericordia estas palabras de eterno consuelo consagradas por vos mismo en los lábios de vuestro Santísimo Hijo: "Señor, en tus manos ponemos nuestro espíritu." *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.* Escuchad esta plegaria humilde que os dirigimos desde el profundo abismo de nuestra miseria. Somos enfermos, Dios mio, y seremos víctimas eternas de vuestra justicia, si no nos abris vuestras entrañas de misericordia. Sanadnos, ¡oh Señor! porque el mal ha penetrado hasta la médula de nuestros huesos; que vuestra misericordia mane á torrentes desde vuestro trono; que vuestra gracia transforme nuestro corazón; que vuestras manos pongan á cubierto del crimen nuestro espíritu que depositamos en ellas. Recibidlo, ¡oh Dios mio! Que no se aparte jamás de vuestro seno; que desde este asilo sagrado veamos correr en paz los días de nuestra peregrinacion; que vuestra gracia nos sostenga cuando la muerte cierre nuestros ojos y que vuestra bienaventuranza nos aguarde cuando abandonemos para siempre las riberas de la vida. *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.* AMEN.